

73

# Costa Rica Ilustrada.

REVISTA DE CIENCIAS, ARTES Y LITERATURA.  
DIRECTOR,—PROSPERO CALDERON.

REDACTOR,  
CARLOS GAGINI.

## COLABORADORES.

Argüello (don Manuel).—Alfaro C. (don José M<sup>a</sup>).—Arias (don Isaac).—Añez (don Julio).—Alvarenga (don Lucio).—Acuña (don Ramón).—Brenes C. (don Alberto).—Beeche (don Octavio).—Barriere (don Manuel).—Céspedes (don Benjamín de).—Cardona (don Jenaro).—Castro F. (don Jorge).—Chavarría M. (don Nicolás).—Delgado (don Camilo S.).—Echeverría (don Aquileo J.).—Ferraz (don Juan F.).—Flores (don Luis R.).—Galofre (don Santander A.).—Guerrero (don Doroteo J.).—Guzmán (Dr. David J.).—Imendia (don Carlos.).—Fernández (don Máximo).—Facio (don Justo A.).—Machado (don Rafael).—Matte (don Claudio).—Murillo (don Juan M<sup>a</sup>).—Morales (don Eusebio A.).—Marín C. (don Isidro).—Montero B. (don Francisco).—Nates (don Pedro Pablo).—Obando (don Guillermo).—Olivo P. (don Antonio).—Pacheco (don Emilio).—Peralta (don Francisco F.).—Pacheco (don Leonidas).—Pacheco (don Otoniel).—Pizarro (don Federico).—Parreño (don Julián).—Ramírez (don Aquilino).—Rivera (don Rubén).—Rodríguez (don Alberto).—Serrano (don Francisco).—Schoreder (don Ernesto).—Truque (don Eloy).—Valenzuela h. (don Antonio).—Viquez (don Faustino).—Vélez R. (don Pedro).—Volio (don Anselmo).

Precio de Suscripción.	EPOCA 1 <sup>a</sup>	NUM. 17.	Redacción y Admón.
En Costa Rica \$ 1-25. Trimestre adelantado. En el extranjero „ 1-50. „ „ „ Nos. sueltos, \$ 0-25. Nos. atrasados, \$ 0-50	San José, 30 de Diciembre de 1890.		Frente á la oficina de telégrafos. SE PUBLICA CADA DIEZ DIAS.

### En el álbum de Nini.

*Tener quisiera inspiración divina  
para poder así mis pobres versos  
á tus plantas poner, dulce Celina,  
que eres como las aves y las flores  
toda amor, poesía,  
arrullos y perfumes y fulgores.*

*Para escribirte á ti preciso fuera  
á un ángel rubio del celeste coro  
arrancarle una pluma:  
del iris empaparla en los colores  
y después esparcir sobre lo escrito,  
del áurea mariposa  
el tenue polvo de sus alas de oro.*

San José, 20 de Diciembre de 1890.

## SUMARIO.

A NINI, por \*.\*.—EL VIAJE DE WILLIAM WUILL-  
OHUBY, traducción por Carlos Gagini.—LA HECH-  
CERA, por Francisco Gavidia.—CRÍTICA LITERARIA,  
por Acacio Cáceres Prat.—DÉCIMA, por Jorge Pombo.  
CORRESPONDENCIA DE PARÍS, por Manuel Argüello.  
DESPUÉS DE LA BATALLA, traducción por C. Gagini.  
HISTORIA DE UNA TORTOLITA, por Rubén Rivera.—  
LA MUSA COLOMBIANA, por A. Olivo Pino.—NOTAS.

*El Viaje de William Willoughby.*

Novela escrita en francés por el Doctor Gustavo  
Michaud, y traducida para "Costa Rica Ilus-  
trada" por C. Gagini.

## I.

## WILLIAM WILLOUGHBY.

EN la ciudad de Quietown, estado de Tennessee, no tiene la gente mucha afición á la vida agitada, y William Willoughby era ciertamente el más sedentario de todos los habitantes de Quietown. A los veintiocho años de edad no se había alejado más que una sola vez de la casa paterna: un asunto de familia le había llevado á Memphis, y William Willoughby recordaba todavía con amargura las perturbaciones que en sus costumbres causó aquel acontecimiento. Nosotros creemos que ese horror al desalojamiento era hereditario en la familia. El difunto M. Willoughby, su padre, tenía también fama de hombre ávido de reposo y tranquilidad. Al morir había dirigido á su hijo estas palabras notables: "Will, hijo mío, si quieres llegar á ser feliz, no imites á nuestros vecinos los yankees; vive calmamente; evita sobre todo la política y las especulaciones sobre los granos ó el puerco salado." William Willoughby siguió tanto más voluntariamente el consejo paternal, cuanto que se espíritu, indolente por naturaleza, repugnaba cualquier esfuerzo prolongado.

Durante su infancia no habían perdonado medio alguno de instruirle. Un pastor protestante de la vecindad se encargó de enseñarle el griego y el latín. La tarea era ardua. El maestro malgastó en ella su latín sin que el discípulo aprendiese el griego (1). Un matemático no fué más afortunado. Si el muchacho consentía en creer bajo palabra los axiomas, jamás fué posible resolverle á seguir una demostración, pues la utilidad de semejante gimnástica no tenía para él indicio alguno de evidencia. M. Willoughby conservó desde estas lecciones profunda aversión á las ciencias, y continuamente se asombraba de que hubiese hombres que se juzgan dichosos consagrándose á su estudio.

Esto no impedía, sin embargo, que tuviera en muy alta estima á los sabios. Los admiraba sin comprenderlos, los examinaba con curiosidad y aun solicitaba su compañía, esperando pobremente adquirir algo de su temperamento.

Aunque tenía ojeriza á los libros científicos, leía los otros.

(1) En el original francés hay aquí un juego de palabras que no puede traducirse exactamente. *Perdre son latin* significa cansarse en vano, perder el tiempo.

Virgilio, entre los antiguos, y Longfellow, entre los modernos, eran sus autores predilectos.

Algunos de los ratos que le dejaba libres el sueño, los dedicaba al cultivo de legumbres escogidas. Por medio de una selección inteligente nuestro amigo había obtenido una variedad nueva de habichuelas blancas sin película, que bautizó con el nombre de "Gloria de Quietown." Lo interesante de esta variedad era un tinte verdoso semejante al de la habichuela de Lima. Sabios tales como Lindley, Brown ó Bentham deben su inmortalidad á eruditas monografías ó ingeniosas clasificaciones; M. Willoughby no soñaba ciertamente con hacerse inmortal, pero estaba orgulloso de su habichuela, y quizá pensaba á veces que el descubrimiento de alguna legumbre sana y nutritiva interesa más directamente á la humanidad que la flora indigesta de Brown ó la clasificación de Lindley.

Nell, su hermana mayor, había casado con un comerciante rico, Mr. Cripps, y era madre de dos lindas chicuelas de siete y diez años respectivamente.

M. Willoughby adoraba á sus sobrinas. El era quien las llevaba á paseo, quien las servía de compañero en sus juegos, y también el que las había iniciado en los misterios del alfabeto. M. Willoughby gustaba así de todos los placeres de la paternidad sin participar de los inconvenientes. A veces, es verdad, pensaba que él también hubiera podido formar una cepa de pequeños Willoughbys. Entonces suspiraba. Y no era que experimentara aversión hacia el matrimonio; sino que siempre que se le había presentado la oportunidad de dar un paso decisivo se decía: "mañana lo pensaremos," y como todos los días sa hacía igual razonamiento, M. Willoughby había permanecido célibe. Después de todo, entre sus afectos y sus autores favoritos, huyendo de toda ocupación ingrata, ignorando la fatiga y los cuidados, exento de deseos y por consiguiente decepciones, más inclinado á Celso que á Zenón, M. Willoughby, con sus quince mil *dollars* de renta, era un hombre feliz.

## II.

## GRANO DE ARENA Y PEÑASCO.

Mucho se ha meditado sobre la importancia de los sucesos insignificantes. El destino de un imperio ha dependido á menudo de un grano de arena. El de Mr. Willoughby fué poderosamente influido por un peñasco enorme: esto dicho sin metáfora.

Erguiese esa roca, aislada, en medio de una árida llanura á alguna distancia de Quietown. Se la llamaba comunmente "El Viejo Polichinela," á causa sin duda de su forma grotesca, y había sido llevada á aquel sitio por los antiguos ventisqueros y perforada por las aguas pluviales. Una gruta entre otras muchas formadas por las aguas, la atravesaba de parte á parte. "El Viejo Polichinela" era el paseo favorito de los habitantes de Quietown, y numerosas giras campestres había defendido del sol y del viento.

Mr. Willoughby á quien en adelante llamaremos "Will" á secas, como lo hacían sus

amigos, fué un día instado por sus sobrinas Bessy y Polly para que las llevara á conocer el Viejo Polichinela."

El tío consintió: pusieron los tres en camino una hermosa mañana de primavera, y muy pronto divisaron á lo lejos la gallarda silueta del gigante. Llegadas á él las niñas se extasiaron ante las dimensiones del coloso, contemplando sus paredes abruptas hasta la altura de un hombre y la frescura del musgo que tapizaba sus anfractuosidades.

Después de almorzar frugalmente, Polly pidió que la izaran sobre la roca para coger un poco de musgo; lo que en realidad quería la curiosa niña era visitar la extraña grieta que se extendía de un extremo á otro del peñasco. No tardó en conseguirlo.

Cuando el tío levantó los ojos y no vió á la rapaza, la llamó: la respuesta fué un grito agudo que resonó casi inmediatamente, oyéndose poco después en la parte opuesta el ruido que produce la caída de un cuerpo pesado. Will se precipitó en aquella dirección y encontró á Polly tendida por tierra y con el rostro ensangrentado. La imprudente niña había recorrido la grieta hasta su extremidad, y allí, habiéndole fallado el pie, resbaló en los guijarros y cayó al suelo.

Estaba cubierta de contusiones que parecían leves; pero examinándola Will un brazo que ella sostenía con angustia, observó que se le había fracturado. El tío miró en derredor con inquietud: el buen tiempo había cambiado, gruesos goterones comenzaban á caer, y el cielo presentaba un aspecto amenazador. Afortunadamente se veía no muy lejos una granja, y Will dirigiéndose á ella volvió á poco con un carro. Una hora más tarde la niña se hallaba en seguridad en la casa paterna, y el tío desolado se esforzaba en calmar la ansiedad de la madre.

Cuando al día siguiente fué Will á preguntar por su sobriñita, encontró á la cabecera de la paciente una joven sencillamente vestida.

—Es la señorita Evens, doctora en medicina, le dijo la señora Cripps: llegas á tiempo para ayudarla á entablillar el brazo de Polly.

La señorita Evens, que en ese momento daba las espaldas, al oír pronunciar su nombre se volvió, é inclinándose ligeramente suplicó al joven que sostuviera un instante el brazo de la niña mientras preparaba los vendajes.

Durante la operación Will observaba á hurtadillas á la joven. La señorita Evens podría tener de veintitrés á veinticinco años, facciones regulares y puras, hermosos ojos negros, profundos, que le daban una expresión tranquila y seria, en tanto que dos hoyuelos situados en las extremidades de su boca añadían cierta malicia á la sonrisa que de vez en cuando iluminaba su rostro. Manejaba las vendas con destreza, interrumpiendo á menudo su tarea para reanimar á la niña.—Esta había dejado de quejarse, y mirando llena de confianza á su médico, parecía experimentar la influencia de la mano á la vez ligera y firme que la curaba.

Will observó todas estas cosas. Observó otras además. El resultado del examen debió de ser favorable á la joven, pues Will al despedirse de la señora Cripps le dijo:

—Hé aquí un médico que me parece de una distinción poco común.

—Sin duda, si así no fuera habría recu-

rrido primero á los buenos oficios de la señorita Webb que habita enfrente.

La señorita Webb era una doctora de edad madura, que hacía diez y ocho años residía en Quietown. Gastaba cabellos cortos, gafas azules y un par de mostachos. Will, cometiendo el error que los filósofos han llamado pedantescamente *enumeración imperfecta*, había hasta entonces admitido implícitamente que todas las doctoras eran viejas y tenían bigotes y gafas azules.

## III.

## LOS MELONES DE M. WILLOUGHBY.

—¡Maud! decía Paddy, el jardinero irlandés, algún tiempo después de estos sucesos: Maud, acaso me dirás que es efecto de la edad; pero yo veo cada día más claramente que todo aquí abajo se está desquiciando y que el mundo entero se acerca á su fin.

Maud, que era la cocinera de Mr. Willoughby, tragó una cucharada de la salsa que estaba preparando, se limpió la boca con el reverso de la mano, se sentó sobre la mesa, so rascó la cabeza y dijo:

—Creo más bien que tú has sacado esas nociones de los jarros que bebes en el "Hung Man."

—No, Maud, no, repuso melancólicamente Paddy. Cuando la cerveza del "Hung Man" es buena, sólo saco de ella fuerzas y consuelos; y por ahora es excelente. No, Maud, y si no, mira: ¡quién hubiera dicho en otro tiempo que el amo Will llegaría á abandonar la senda en que ha recogido tanta gloria y tantos honores?

¿Qué quieres decir con eso Paddy?

El difunto M. Herbert Willoughby, continuó el viaje jardinero, visitaba por lo menos dos veces al día sus jardines. El hijo hizo más aún, pues se pasaba en ellos todo el día. ¡Quién hubiera sospechado que llegaría un tiempo en que desdeñaría ocuparse en ellos y en que trascurriría un mes sin que bajase á visitarlos!

—El amo, advirtió Maud, ha estado muy afligido por el accidente ocurrido á su sobrina y pasa la mayor parte del día en casa de la señora Cripps.

Paddy meneó tristemente la cabeza.

—La señorita Polly estuvo con escarlatina, la señorita Bessy con Rubéola sin que el amo Will perdiera por esto la cabeza. . . .

El jardinero permaneció un instante silencioso y después prosiguió:

—Y además los melones. . . .

—Los melones?

—Melones soberbios, una especie que el señor había obtenido á costa de muchos años de trabajo y que destinaba á la exposición de Knoxville. El mismo me aseguró, hace dos meses apenas, que nuestros melones se llevarían el Gran Premio. El más gordo de ellos era como tu cabeza, Maud, aunque no tan colorado. El amo los había criado podándolos por un procedimiento que sólo él conoce. Sólo él los cuidaba. Pues bien, cansado de esperar subí ayer por la mañana á ver el amo y le dije: "señor los melones se están perdiendo por falta de cuidado. El pequeño de la izquierda necesita poda; el del medio está desmedrado, y el tercero tiene una úlcera en el pezón. ¿Sabes, Maud, lo que me respondió?"

—¿Qué te respondió?

—Me gritó: "¡Mándalos todos al hospital!" Y como yo estupefacto le advirtiese respetuosamente que no hay hospitales para los melones, me contestó: "¡Al hospital de Quietown ¿entiendes? Los enfermos los comerán con gusto. Pregunta por la señorita

Evens y entrégale los melones para sus enfermos." Ahora bien, Maud, si la razón del amo Will claudica ¿qué puede haber estable en este mundo? Esos melones se habían vendido á diez pesos cada uno en Knoxville.—¿No hubiera sido preferible exponerlos, venderlos y enviar el dinero á los enfermos?

—¡Quién sabe! dijo Maud; ya escuchaste el domingo al reverendo Wilkes. Acuérdate del unguento precioso de María Magdalena y de la manera cómo lo empleó ella.

(Continuará).

## La Hechicera.

## I.

¡TIEMPO viejo! ¡Qué de historias! ¡Qué de agradables leyendas, que tratadas, en romance, pueden, en noche serena, leídas por algún viejo, de una familia cabeza, entretener los pequeños, que escuchan, la boca abierta, esos curiosos pasajes con que ya dormidos sueñan!

¡Tiempo viejo! ¡Cómo brotan tenues y flotando en nieblas, de edades que tal crearon las vagas reminiscencias!

Ah! qué nos dicen las ruinas, Esas sombrías pavezas que pregonan de otros tiempos las clásicas opulencias? los techos desvencijados, la pared grietosa y huera, las destroncadas columnas, los restos fijos en tierra, y que asoman entre el polvo, mas asoman de manera que se asemejan á naufragos ya para hundir la cabeza!

Qué los ecos misteriosos que oscilan entre las celdas, en otra era cobijadas por la sombra de la iglesia que se alza allí vecina vigilante centinela; cancel que ahogó los sollosos, cerrando al mundo la puerta, de alguna virgen amante que al cielo llevó su hoguera?

¿Qué hay de suave poesía en todo lo que recuerda esas edades que vieron aquella ruda grandeza de gente menos leída, ¡ah! pero talvez más buena?

¡Tiempo viejo! ¡vago enjambre de deleitosas consejas. . . . ¿Quién no habrá oído en las noches de la alegre primavera, sentado con otros chicos, formando callada rueda, tal vez junto á la cocina en que la cena se tuesta, bufa el gato, husmea el perro y el fuego chisporrotea, mientras da su luz la luna impalpable y soñolienta, contar algunas historias, sabrosa aunque con torpeza, á una criada de la casa que por cierto es la más vieja? Y forma todo ese enjambre

de sencillas historietas esa obra nunca estrechada en los moldes de la imprenta, narración jamás extinta, no terminado poema porque su autor nunca muere, ¡qué es el pueblo, el gran poeta!

## II.

Marcha apuesto caballero  
Por una angosta vereda  
en corcel fogoso y ágil,  
que tras de sí el viento deja.  
Del sombrero del ginete  
el ala doble adereza  
airosa y flotante pluma  
con que aura galante juega;  
va embozado hasta los ojos  
en hólgada capa negra,  
espada brillante y corva  
pende á la cintura apuesta,  
y el doble dorso apretándole  
con varonil gentileza;  
al raudo corcel azuza,  
que avanza rápido, llega,  
y deja atrás, del camino  
las mil retorcidas quiebras.  
Robusto y brioso es el bruto,  
la cola al viento flamea  
fingiendo cascadas de ébano  
bruñidas y ondeantes hebras;  
le estimula el acicate,  
la brida colgante y suelta  
le deja beber espacio  
que bajo el casco amengua

Palabras dice el ginete  
que el aura feble remeda  
y que espiran en las sombras  
de la umbría soñolienta.

Hincha el corcel las narices  
resoplando, y manotea  
y más que galopa, corre  
y más aún que corre, vuela;  
mas nada al ginete rinde,  
que al contrario más desea,  
porque el ansia es de su pecho  
mas aguijadora espuela.  
Voces ardientes pronuncia  
que sus codicias revelan,  
ambiciones de alma joven,  
de sangre moza y sedienta,  
que atestiguan briosos ímpetus  
y gallarda gentileza.

—En busca voy de una niña,  
hija de las verdes selvas  
que diz que guarda en su choza  
una celosa hechicera;  
dicen que otros caballeros  
amantes fueron á verla,  
que ardían en viva llama;  
por cautivar su belleza  
sacrificaron familia  
y abandonaron hacienda;  
anchos surcos fecundaron  
con la sangre de sus venas  
y por fruto de tal germen  
vieron zarzas y maleza  
Ah! plegue al cielo descuide  
la siempre celosa vieja  
y que me vea la niña  
de suaves y rubias trenzas.  
Si llega á darme sus brazos  
y á seguirme hasta mis tierras  
será entre flores y damas  
por su hermosura, la reina.

Hincha el corcel las narices  
resoplando, y manotea,  
y más que galopa, corre  
y más aún que corre, vuela.

## III.

Tras una florida loma  
y en una verdosa vega  
dó las auras del bosque  
y las del llano se encuentran,  
cercada de airosos árboles  
que en umbrías frondas velan  
los nidos en que las aves  
aletean y se besan,  
enmedio de frescos plátanos  
pajiza choza se eleva,  
rodeada de rosales,  
cercada de fina yedra,  
con ventanas á que forman  
anchas y tupidas rejillas  
en vistosos cortinajes  
profusas enredaderas.

Diz que vive allí una niña  
y que es la niña más bella  
que ve desde hace quince años  
la vasta comarca entera.  
Los ojos muy azulados,  
con las pestañas muy crespas,  
muy blanca la suave frente,  
muy doradas las guedejas,  
muy sonrosada la boca  
y muy graciosa y pequeña,  
donde su dulzor dejaron  
las más preciadas colmenas,  
y que una voz suelta al aire  
que gentes sesudas cuentan  
que cuando la oyen se corren  
las aves de la ribera  
de la fuente que en la sima  
de aquel valle serpentea.  
La fuente corre entre guijas  
sobre ánfora de alba arena,  
de espumas leves crinada  
que en blanco vapor se elevan;  
se estaciona en los recodos  
y al saltar se desnivela,  
y entre cortados peñascos  
bulle, solloza y se quiebra.

A esa fuente aquella niña  
en una noche serena  
fué á mojar sus pies enanos  
y á esponjar su cabellera  
que suaves dedos de rosa  
con lindo donaire peinan

Mírase en la clara ninfa  
la candorosa doncella  
y admira la dulce imagen  
que entre los cristales tiembla,  
y que finge sus miradas  
y que sus risas remeda.  
—Quién fuera, dice la niña  
inocente como ingenua,  
tan bella como la sílfide  
que entre las aguas se vela.  
quién tuviera sus sonrisas  
y quién sus gracias tuviera! . . .

Y cuando bajo las aguas  
va con la mano á cogerla,  
deshecho el cristal en ondas  
que el nivel límpido quiebran,  
se huye la sombra y la niña  
la dice de esta manera:  
—Ni por amiga me quieres,  
que así te huyes y te alejas. . . .  
ay! yo vivo sin amigas  
y sin dulces compañeras:  
sí esos cristales dejaras  
en que mis ansias se estrellan,  
perseguiríamos juntas  
á las saltadoras siervas  
y alegres discurriríamos  
por los llanos y las selvas.

Y al fin se calman las aguas,

sus ansias la niña empeña,  
tórnanse en ondas la fuente  
y la niña llora y ruega.

¿Y es ella la que así llora,  
y la que así envidia es ella,  
la de los rizos cabellos  
y de graciosa cabeza,  
la de los ojos brillantes  
que la faz del sol afrentan,  
la de los rosados labios,  
la de los dientes de perlas  
que guarda como dulce urna  
su boca linda y pequeña,  
ella, la que así codicia  
su imagen que se refleja  
en la linfa que se enturbia  
si va la mano á cogerla?

Felicidad! visión pura,  
que aquí en el alma se lleva,  
que corre en pos de sí misma  
y se busca y no se encuentra;  
y que al quererse tocar,  
el cristal que la refleja  
se empaña y deshace en ondas  
y se deslíe y se quiebra.

Historia siempre la misma  
de cuestión nunca resuelta,  
historia oscura del alma. . . .  
Pero sigamos la nuestra.

## IV.

No vive sola la niña,  
que vive con una abuela  
á quien reconoce el vulgo  
como bruja y hechicera.

## V.

Limpio el rayo de la luna  
en la clara linfa riel  
de la fuente corredora  
que al aire de ayes y quejas,  
aura mansa y silenciosa  
las verdes hojas oreas,  
y vienen de los ramajes  
escondidos de las selvas  
enjambres de leves ruidos  
que ya temblando se acercan,  
ya del viento arrebatados  
ó se extinguen ó se alejan;  
favonio duerme silente  
en alguna doble reja,  
respirando en los doseles  
que forma la enredadera:  
salen ceñidas de pámpanos  
las sedosas cabelleras  
con que juguetea el aire,  
silenciosas las napeas;  
y las vagarosas ninfas  
dejan la fuente parlera  
y extremecen los fulgores  
que en el ambiente chispean,  
desliéndolos en cambiantes  
sus esponjadas guedejas;  
y enlazadas de las manos  
avanzan por la pradera,  
al paso flores hollando  
que de tal suerte se huelgan,  
y alegres y bulliciosas,  
más que las brisas ligeras,  
se van, se vienen y en tanto  
misteriosas danzas trenzan  
que los silfos acompañan  
y que los faunos celebran.

Noche tranquila y luciente,  
los cielos están de fiesta,  
leves las candidas nubes  
van como hojas de azucenas  
barridas por sutil aura,

ó van como aves viajeras  
trasmontando el ancho dorso  
de parda y tendida sierra;  
lujoso el azul subido  
que atavían las estrellas,  
y la luna, deslizándose  
entre ondas tenues y trémulas,  
recibe en el seno pálido  
los ideales de doncellas  
que amaron con toda el alma,  
pero con pasión secreta  
ay! que nunca revelaron  
guardándola con cautela,  
tal vez porque era imposible,  
por tímidas ó discretas,  
ó temiendo quizá agravios  
y desprecios, por ser feas.  
Al confín álzanse oscuras  
las cortadas montañuelas  
que á la luz vaga y sombría,  
haciendo temblar las crestas  
lejos se avistan fingiendo  
torcida y vibrante cuerda.

Por una corta pendiente  
que hasta la fuente se acerca  
en que la cándida niña  
habla con su imagen bella,  
galopa un brioso caballo  
en que gallardo se asienta  
un caballero, que al punto  
que ve á la niña refrena  
al corcel; y ve y devora,  
se adelanta, y cree que sueña.  
Ella entonces la faz vuelve,  
esquiva el pecho ligera  
y le tiñe las mejillas  
sonrosada erubescencia,  
que á ser de día causara  
sin duda envidia y vergüenza  
á las rosas que mirándola  
se alzaban en la ribera.

—No huya la niña medrosa  
ni algo de mis armas tema,  
que contra ella nada pueden,  
pues me tiene el alma presa.  
—Galante es el caballero  
de las doradas espuelas.  
—Es aun más dulce y graciosa  
y más garrida y apuesta  
y más el alma me rinde  
la niña de rubias trenzas.  
—Dice unas cosas muy dulces  
su garganta lisonjera  
que adulando los oídos  
en el corazón penetran. . . .  
—¿Qué hace la cándida niña  
en esa fuente desierta?  
—Llorando estaba y diciendo  
al aire duelos y quejas. . . .  
—Ah! pues por qué llora á solas  
la niña de rubias trenzas  
y añade al cristal quilates  
de sus ojos con las perlas?  
—Si sabe el doncel galante  
lo que son amigas tiernas,  
bien sabrá lo que es tener  
por única á la tristeza.  
—Si me siguiera la niña  
á mis apartadas tierras  
donde entre flores y damas  
fuera tenida por reina. . . .  
—Muy dulces son sus palabras,  
y grata impresión me dejan,  
pero dejar no podría  
solitarias mis riberas,  
pues diligente me guarda  
una cautelosa abuela.  
—Mi corcel es poderoso,  
y son anchas sus caderas,  
y si quisiera la niña  
subir. . . . .

te que ocurra en este viejo y gastado mundo.

Dichosamente que el material abunda, y más bien puede sobrar alimento á la curiosidad centroamericana.

Comenzaré, pues, por el grande, el inmenso acontecimiento cuyo autor será indudablemente inmortalizado por la gratitud de todos los pueblos de la tierra. Me refiero al Doctor Koch de Alemania.

Este hombre, cuya personalidad era casi desconocida hace diez años, llenará la tierra con su gloria, pues que definitivamente ha encontrado el remedio contra la tisis pulmonar. Pronto se publicará su descubrimiento y estará de fiesta, á lo menos una décima parte de la humanidad. En esto no hay nada de charlatanería, pues los cuerpos sabios de la Europa no dudan de la eficacia de la idea. Los franceses mismos, que odian todo lo que es alemán, al grado de haberse privado por mucho tiempo de las admirables composiciones de Wagner, sólo por que era alemán, son los más entusiastas panegiristas del Doctor Koch. Y aunque nuestro bello país no es de los más perseguidos por la tisis, no dejan de asomar los tubérculos, principalmente adquiridos por herencia.

Fuera de esto, Mr. Stanley ha sido el hombre de la moda en Inglaterra, que casi lo endiosa, apesar de la opinión del resto de Europa que no es tan favorable al autor de "Las tinieblas del Africa."

Para la mayoría de las gentes, Stanley es un verdadero sér legendario; pero no se le concede en sus trabajos la aspiración á lo grande y científico, sino que se le tiene como un especulador en grande escala. Sus viajes, dicen, no tienen por objeto aclarar los secretos geográficos del misterioso *continente negro*, sino facilitar la atracción del marfil para utilidad de él y de sus asociados. Sea de esto lo que fuere, lo que no deja duda es que su última expedición al encuentro de *Emin Pacha*, fué interesada y los resultados comerciales han costado mucha sangre negra y muchas pérdidas de vidas preciosas de sus compañeros de exploración. En esta semana se embarcó para la América con su mujer; y la corriente de sucesos diarios, pronto sellará con olvido ó indiferencia las controversias que sobre ese sujeto se habían levantado.

La semana pasada París contempló uno de esos acontecimientos, que aunque sin importancia positiva, pintan la situación delicada en que hoy se encuentra este rico y grande pueblo, cuya forma de gobierno lo aísla del resto de la Europa.

La Iglesia de Santa Clotilde era la cita de los parisienses, que deseaban contemplar la ceremonia religiosa de un matrimonio entre la señorita de Morhenheim hija del Embajador de Rusia y el Teniente bisconde de Uzes, hijo de la célebre duquesa de Uzes que dió tres millones á Boulanger para su propaganda revisionista.

Esta alianza se considera en Rusia y en Francia como un hecho feliz que afirma las simpatías de ambos países. Los grandes Duques, tios del Czar de Rusia asistieron á la

ceremonia lo mismo que considerable número de grandezas rusas, venidas expresamente para solemnizar el hecho. La emperatriz ó Czarina mandó como regalo de boda un rico adrezo de brillantes á la novia; y estuvieron presentes en la iglesia dicha todos los hombres que valen en Francia por su nobleza, su talento ó su riqueza: cinco de los Ministros, Madame Carnot, Señoritas Freisinet, Dumas hijo, J. Claretie, Alfonso Daudet, Victoriano Sardou y cien más literatos y periodistas; los Rostchild, Coandias y demás de la alta banca se codeaban con los generales, los obispos, príncipes y embajadores. El pueblo apiñado en las calles vecinas vivaba la Rusia á cada momento. En una palabra, una verdadera fiesta nacional.

El pueblo francés es un grande y culto pueblo. Entre más se le conoce más se le estima y admira. París republicano, esto es, una aglomeración de á lo menos trescientos mil librepensadores, es un modelo de orden, de libertad y de trabajo incesante. Se encuentran más ebrios en San José en cualquiera de sus barrios que en todo París. Todavía no he encontrado un hombre beodo en esta ciudad, ni he visto un solo pleito en la calle.

Alguien ha dicho que este siglo, que está al concluir, se llamará el siglo del estado llano, ó sea, de la *bourgeoisie*. El siglo entrante será indudablemente el de los obreros ó artesanos. En efecto, lo que se puede percibir en la aurora cercana del siglo veinte, es la fuerza inmensa, inteligente y disciplinada de las grandes asociaciones de obreros. Toda la Europa está llena de clubs y agrupaciones más ó menos poderosos de obreros de las ciudades que se entienden y protegen mutuamente, profesando la fraternidad universal. De allí vienen las grandes *graves*, ayudadas y sostenidas por sus hermanos. Pronto, muy pronto, los grandes cuerpos legisladores se compondrán en su mayoría de representantes de esas masas, que no son á la verdad, lo que propiamente se llama el *pueblo*, pues este lo componen principalmente los habitantes de los campos y de las pequeñas villas, quienes hasta ahora permanecen indiferentes; parte por su ignorancia, parte por su aislamiento de los grandes centros. El poder vendrá primero á los numerosos obreros y artesanos de las grandes ciudades, y poco á poco se extenderá al de las pequeñas. Esperemos, que ese movimiento será provechoso á la humanidad y al progreso.

Por lo que hace al teatro, dos novedades llaman fuertemente la atención. La primera es *Cleopatra* en el teatro Saint Martin. Meillac es el autor de esa obra maestra. Sara Bernhart, que ha creado el papel de Cleopatra es, simple y sencillamente, un prodigio. Se cree que, como trágica, Sara Bernhart sobrepasa en mucho á todo lo que, en ese género se ha visto. La célebre Rachel

queda muy atras de Sara: las primeras representaciones fueron tan codiciadas, que hubo quien pagara dos mil francos por un *stalle d'Orchestre*. ¡¡¡ un solo asiento !!!

La otra pieza notabilísima es: *La Cousine au Varietes*. Una obra maestra, sin defecto.

Se prepara también una obra de grande efecto en las *Folies Dramatiques*: La *EJIPCIENE* que se ensaya actualmente. Solo la *Grande Ópera* no tiene este año nada nuevo, lo mismo que la nueva *Ópera Cómica*, que se contenta con dar *El Barbero de Sevilla*, *Hija del Regimiento*, *Fra Diabolo* & &. Esto es, vejestorios de gran mérito, pero vejestorios.

La torre de Eiffell se cerró ayer por todo el invierno; los que no ascendieron tendrán que esperar cuatro meses hasta marzo.

La política interior francesa se limita ahora al defeat del budget, que no hallan como evitar. Las mayorías se oponen á nuevos impuestos y no hallan donde economizar los milloncitos que aun faltan. El gran remedio que se anuncia es el impuesto sobre el alcohol; pero los industriales le hacen guerra á muerte. Un diputado, *Moreau*, joven de esperanzas propone que se graven los títulos de nobleza, de manera que quien quiera pueda comprar el derecho de llamarse conde, Duque, Príncipe &.; mas esta idea la han ridiculizado los diarios y la misma Cámara, y no pasará de allí.

El Boulangismo, como denominan aquí el partido del General Boulanger, es una cosa muerta y enterrada. La huida del General contra la opinión de sus amigos, acabó con él, y la piedra tumular la puso Monsieur Mermeix, antiguo Boulangiste, publicando en *Le Figaro* antes, y despues en un libro que se ha vendido por cientos de miles, los secretos del General con documentos irrefutables. Aparece, pues, que Boulanger había tratado con los monarquistas legitimistas ofreciéndoles el trono para el Conde de París, quien hizo fuertes gastos de su bolsillo en las campañas electorales, al mismo tiempo que se entendía con el Príncipe Napoleón Bonaparte ofreciéndole restablecer el Imperio. Todo esto cuando juraba fidelidad á la República y arrastraba consigo miles de verdaderos liberales engañados. Ahora que todos conocen con qué clase de hombre trataron de derrocar el Gobierno Republicano, tiemblan al pensar en los resultados que habría tenido la victoria Boulangista. Hay quien opine por que se castigue la intentada traición de Boulanger y sus cómplices los realistas é imperiales; mas el buen sentido de la mayoría prefiere echar un velo de olvido sobre el aventurero que hoy vive en Inglaterra.

Los costarricenses que aun estaban en Europa á fines de Octubre comienzan á par-

—Ay! y si quisiera...  
—A mi reino la llevara  
y allí sería la reina.  
La niña tiende los brazos,  
el caballero se acerca,  
la pone en la anca robusta  
y el corcel relincha y vuela.

(Continuará).

F. GAVIDIA.

CRITICA LITERARIA

POR

ACACIO CÁCERES PRAT.

A mi ilustrada amiga y querida paisana el literato  
Don Juan Fernández Ferraz.

España es, en la historia de la humanidad, madre de América.

El Nuevo Continente ó hemisferio occidental, hubiera sido ignorado del antiguo, si el sabio Genovés no hubiese hallado en nuestra España, á la heroica Reina de Castilla, que protegió con su poder su ciencia, brindando con la prez de sus alhajas, rigor al genio y libertad de acción al coloso más grande de los siglos.

Para la magna empresa de Colón buscó la Providencia el poderoso influjo de Isabel la Católica.

España pues, facilitó á Colón carabelas y gentes; puso en sus manos la Cruz redentora del Gólgota y pabellón triunfante de sus glorias, y allá fueron, después de descubierto el Nuevo Mundo, por España, sus hijos más bizarros, sus héroes y caudillos más invictos cuales son Hernán Cortés, Pizarro, Basco Núñez de Balboa y otros muchos hijos la mayor parte de la antigua extremadura que han perpetuado sus triunfos y su fama en las páginas nobles de la historia.

Por desgracia, la herencia vasta y colosal de aquellos campeones, la cual, conquistada con sus armas victoriosas, ofrecieron en heroico homenaje al pie del trono de sus ingratos Reyes, duró bien poco, pues los grandes caudales, que mal administrados sostienen con sus rentas los festines espléndidos, en derroches de Estado presentando el lujo, la molicie y los vicios del Príncipe, los magnates y el pueblo, desaparece pronto, ó se divide el capital inmenso, despojando á la madre viuda, del Poder económico, de la administración, de la moralidad y la justicia, entre sus hijos emancipados de la violenta patria potestad.

Tal aconteció en la América latina ó Española con la emancipación de los Estados Hispano-Americanos, declarados en Repúblicas independientes, emancipadas por completo con su absoluto poder y autonomía, de la madre España.

Mas, los hijos rebeldes, aquellos divididos Estados independientes, aún son y serán siempre españoles, á pesar de su administración, de sus leyes, poder é independencia.

¡El idioma lo dice!... Que se llamen ante la faz del mundo ¡independientes! y tendrán que decirlo en castellano.

El idioma español, resuena con todo su vigor y galanura, riqueza y corrección, en las templadas ráfagas de aquel ambiente libre; con igual sonoridad y donosura que en la selecta prosa de Cervantes y que en los versos de Herrera y Garcilaso, de Lope, Calderón y de Quintana.

A las galas de su imaginación meridional ó tropical más bien, á la excelencia de sus conceptos y á la variedad y lujo de sus pensamientos y de las ideas estéticas que atesora sus estrofas igual en la prosa que en el verso y en verso sobre todo, la dicción del lenguaje, la fluidez en la frase, la elegancia y frescura en el estilo y la fácil y plástica armonía con que expresa la alta sublimidad del sentimiento y la grave energía de las pasiones, completan en acordes estrofas ó períodos poéticos, las Obras de aquellos Poetas castellanos de las regiones Hispano Americanas que son tan dignos de especial estudio, pudiendo completar, por la ley imperiosa del idioma el selecto catálogo del Parnaso Español.

Sí, carísimo Juan, somos paisanos, somos también de una región deliciosa, poética y fantástica, que atesora entre sus frescas olas el Atlántico; de una de las más encantadoras islas afortunadas, en donde habla también con su correcto idioma castellano nuestra histórica España.

Tú, importante personaje (á pesar de tu modestia) que á Costa Rica has concretado la actividad de tu talento y tu saber, que son diversos, me has presentado un libro, titulado "Lira Costarricense," ó "colección de composiciones de poetas de Costa Rica." Es el tomo primero. Me encareces, que lo lea, porque en él encontraré muchos encantos de dicción y de arte; y en eso te obedecí gustoso encontrando el deleite intelectual más á sabor cumplido; pero te empeñas en que le dedique un juicio crítico y en eso encontré rebeldía en mi conciencia, pues aunque poeta de entusiasmo, si bien muy modesto, y literato por amor acentuadísimo al arte literario, me es enojoso aplicar mi crítica, que aunque imparcial, tiene muy relativa y pobre autoridad.

Mas, además de complacerte, el tomo que he leído favorece mi enojoso trabajo, pues para mí merece sólo encomios en general, con algunas excepciones disculpables que son anejas á toda obra humana incluso las grandes obras de los más peregrinos ingenios.

La mayor parte de las poesías son de proporciones más ó menos limitadas, aunque con diversidad de metros y períodos. Los asuntos son en general sencillos, su desarrollo fácil; su final pensamiento, sentencioso y moral.

Casi todas las composiciones están inspiradas por los más acentuados sentimientos, ya íntimos como el amor y la amistad, ó ya por los de orden colectivo con los cuales se cantan los grandes ideales, como la independencia y la libertad.

Los poetas costarricenses, como casi todos los poetas Americanos, son más bien subjetivos que objetivos, aunque también por la frondosidad, pompa y lozanía de sus lujosas

selvas y la variedad y colorido de sus ricos paisajes, son siempre que así lo quieren, excelentes poetas objetivos.

Por lo que respecta á los afectos que son á la poesía subjetiva, se explica perfectamente su entusiasmo por nuestro Becquer, el poeta Español más acentuadamente subjetivo.

En este tomo hay varias Rimas, algunas de ellas como las de Alfaro, Braun, Cardona y Echeverría, que son tan fáciles, sentimentales y concisas que hubieran merecido con satisfacción suya la selecta firma del mismo Becquer.

Tal vez por lo relativamente moderna de su historia social, los poetas Americanos, y entre ellos los costarricenses, son poco dados al Poema histórico, siendo muy reducido el número de poemas sociales más ó menos dramáticos y de costumbres.

Para otro número de "Costa Rica Ilustrada", reseñaré detalladamente las diversas y gayas poesías incluídas en este variado, selecto y elegante tomo, así como de los sucesivos, que completan la colección de las composiciones literarias de los importantes poetas de Costa Rica.

A Magdalena Isla.

No es la voz de la sirena  
Tan grata como tu acento,  
Ni huele como tu aliento  
La más fragante azucena.  
A tu lado, Magdalena,  
La rosa misma es vulgar,  
Y, en fin, al considerar  
Que hay en la naturaleza  
Islas de tanta belleza,  
Quisiera volverme mar.

JORGE POMBO M.

CORRESPONDENCIA DE PARIS.

Amigo Calderón:

Las simpatías que desde que se comenzó á publicar Costa Rica Ilustrada, tengo por esa hija de usted, me animan á escribir estos mal arreglados artículos, que no tienen otro mérito que las buenas intenciones de su autor.

Léalos y si cree que son indignos de su quincenal, échelos al fuego, sin dejar por eso de disponer en todo y por todo de su affmo. amigo,

MANUEL ARGÜELLO.

La quincena. Revista Europea.

¡A que una triste necesidad me obliga á habitar en París, en la peor de las estaciones, pues que este otoño ha sido y es un cuasi invierno, lleno de brumas, nieblas, frío y todo, he creído que en nada mejor podría ocupar mis ratos de ocio, que escribiendo de vez en cuando una, suscita, relación de lo más salien-

tir y nos vamos quedando solos con los residentes habituales. Don Mauro Fernández se fué hace un mes. Don Ricardo Jiménez, Doctor Cruz y hermana; Don Ricardo Cooper y alguno otro que no recuerdo, tomaron desde el 26 de Octubre la vía de los Estados Unidos.

Quedan los señores Millet, Montero, el joven Alpizar que se embarcarán por la Mala Real el 26 de este. Ya los señores Batalia, Herrero, Benedictis & C. nos habían dejado desde Setiembre.

Nuestro Ministro Peralta y su Secretario Don Leonidas Pacheco salen pronto para Madrid y los varios jóvenes que se educan en Europa están esparcidos en diferentes países, principalmente en Bélgica y Suiza. No hay, pues, colonia costarricense en París, como no hay tampoco francesa en Costa Rica, pues el corto número de hijos de las Galias que habitaba nuestro bello país, disminuye cada día.

Para la Francia casi no existimos los centroamericanos. Ni un solo periódico se ha ocupado de nosotros de Agosto á esta fecha, si exceptúo las noticias (desfavorables) que la guerra del Salvador con Guatemala motivaron y que produjo el fracaso del empréstito de la última en ocasión que esa operación rentística había tenido un éxito completo. En efecto, una semana antes de que aquí se supieran los acontecimientos que tanto han desacreditado á Centro América, por un cablegrama se invitaba á Guatemala para que girara por el primer millón de pesos.

\*\*\*

Continuaré estas revistas todo el tiempo que resida en esta ciudad si el descuido y *sans facon* con que están forjadas, no determinaren á los lectores de "Costa Rica Ilustrada," á pasarlas por alto, como se hace con un estorbo que se encuentra en el camino del que viaja por placer y no por obligación.

París, Noviembre 9 de 1890.

MANUEL ARGÜELLO.

## Después de la batalla

(De Víctor Hugo)

**M**i padre, el héroe de sonrisa dulce, seguido de un soldado á quien amaba por su grande valor y talla hercúlea, en su corcel, después de una batalla iba el campo de muerte recorriendo, á la hora en que la noche abre sus alas. De pronto un ruido percibió en la sombra y del rosado Ocaso á la luz pálida, vió un herido español, perteneciente á la enemiga hueste derrotada, y que sangriento, á orillas del camino, jadeante, estertoroso se arrastraba murmurando con voz desfallecida: "¡Por piedad! por piedad! un sorbo de agua!" Conmovido mi padre alargó al húsar la bota de aguardiente que colgada llevaba del arzón. "Toma, le dijo, y á ese herido infeliz la sed apaga." Mas cuando el húsar se llegó á aquel hombre que moro parecía, éste levanta de pronto una pistola que su mano con traidora intención aun empuñaba, y apuntando á la frente de mi padre le hizo fuego, gritándole: "¡Caramba!" La bala apenas derribó el sombrero; espantado el corcel bufando salta, y mi padre, volviéndose al fiel húsar: "¡Dale ya de beber!" dice con calma.

C. GAGINI.

## HISTORIA DE UNA TORTOLITA

ENFERMA DE AMOR,

(A Josefita C. de Callejas.)

**D**ESTILABAN diamantinas las gotas detenidas en las corolas níveas y en las hojas frescas, y el suelo estaba húmedo, negro y oloroso con ese olor del beso que en ella deja la nube cariñosa y solícita en el tiempo de sus amores; penetraba en hilos la luz entre los ramos floridos y hacía el iris en cada una de las gotas del agua que cayó del cielo, y que estaban allí, radiosas, como lágrimas en los ojos de la virgen adorada.

El jardín estaba alegre, risueño, con su baño fresco, y la savia se precipitaba desbordante por los tallos, para hacer las deliciosas esencias, la suavidad de los pétalos, la pulpa dulce de los frutos, las coloraciones admirables y el amor casto y misterioso de los pistilos cálidos.

El aliento embriagador de la gran madre daba á las plantas vida, á los pulmones regocijo, al cerebro ideas fecundas y al corazón amor é ilusiones alegres.

Animadas y casi sonrientes picoteaban junto á los delgados troncos las palomas y las tórtolas, mojando la rosa de sus patitas y esponjando la seda de sus plumas, peinadas y amadas de la brisa. Las parras enarcadas de jasmín derramaban sus florecitas blancas y esparcían su aroma delicado y suave; lucían gallardas las dalias, y pensativas las fuccias, los bananos movían sus anchas hojas brillantes con pompa sacerdotal y destorcían sus flechas vigorosas empujadas por la sangre cristalina que por los tallos corre, y por ahí, en macetas y en cajones, á la sombra de los arbustos, había unas plántitas recién sembradas, entristecidas y graciosas, obsequio de una amiga muy querida y muy bella; eran fresas, azucenas, violetas é ilusiones.

Las plantas y las aves; el amor y el placer; la vida y la ilusión; qué lindo aquello!

Entre ese natural regocijo vagaba una tortolita triste, de plumitas deslustradas y de pasitos suaves, con la melancolía en los ojos y la amargura en el alma—sí; las tórtolas tienen alma, alma pequeñita y azulada, de esas que nunca quieren mal, tierna y amorosa, fiel hasta el sacrificio. La tortolita, pues, tenía la tristeza en las plumas y en el semblante; era como un amante infortunado y fiel, y se complacía, acerba ocupación, en remover con su riquillo las florecitas esparcidas por ahí, caídas y marchitas, como ilusiones muertas.

Pobre la tortolita! ¡jamás sin esperanza! cuéntame la historia de tus desventuras; quiza algún día yo sufra como sufres tú.

Y unos labios amables y graciosos me dijeron la historia de la tortolita triste.

Había en la casita, aseada y bonita, entre otras palomas y otras tórtolas, una paloma y una tórtola amigas. Se querían como hermanitas y se acariciaban como esposos. Eran la delicia de su dueña y distraían

con frecuencia al viejo señor de aquellos dominios, que pensaba en momentos que más gratas que las peripecias del negocio són las niñerías del hogar, cuando se tiene una esposa primorosa y un corazón cabal.

Cuando venían la tarde y las ganas de dormir, entraba la paloma al saloncito, iba á colocarse debajo del sofá ó de algún sillón, y se ponía á cantar con una inflexión amorosa y llamativa, cantaba llamando á la chiquitina, para que fuera á disfrutar con ella los goces de la noche. La otra, que aun no tenía sueño y andaba haciendo travesuras en el jardín, la respondía con aire de reconvencción. Pero á poco buscaba á la amiga cantando amablemente, y llegaba á ella que la recibía con sus besos y la decía al oído sus castos pensamientos. La cubría la paloma con sus alas y le daba la tibieza adorable de su seno y la caricia deliciosa de sus plumas. Y se quedaban dormidas...era la ternura del amor.

Qué feliz vivía la tortolita así! Debajo de aquella ala estaba su paraíso, y el universo entero no podía ofrecerle otro mejor. Que no viniera un extraño á robarle aquella ala tibia, aquel seno, aquella caricia, aquellas confianzas, aquel sueño, aquel amor.

Pero no, la pobrecita debía sufrir, y llegó un día fatal. Vino á la casa otra paloma joven que había de arrebatárle el placer, su placer más querido y más caro.

Como la intrusa estaba tierna y vergonzosa, consiguió al principio la pequeñuela alejarla á picotazos de su buena amiga. Creció, por su puesto, la novicia, y pudo vencer á la chiquilla y ya no hizo caso de sus violentos celos. Esta, que no quería perder las gozadas delicias, atacaba siempre que podía á su rival: al verla descuidada, describía desde lejos un semicírculo y caía de súbito sobre ella, aplicándole sus buenos picotazos: volaba en fuga é iba á refugiarse bajo las alas de su amiga, que la defendía de los ataques de su estropeada rival.

Llegó sin embargo un día en que triunfó la afinidad de la raza, y entonces ¡oh fatalidad! perdió la niña su ascendiente y se fué á dormir sola y friolenta sin su amada compañera, esperando desde lejos, con ojos anhelantes, el goce íntimo perdido para siempre, traspasado el corazoncito por el más acerbo sufrir. Desde entonces la alegría huyó de su semblante, vaga, pensativa y triste, y en las noches tiembla en su solitario lecho y llora la falta de las alas suaves, del seno tibio, de los calientes besos y de las confianzas misteriosas.

Callaron los candorosos labios, y yo, atento á la poética historia del ave enferma, pensaba cómo las almas artistas descubren tantas lindezas y hallan un fondo de amor purísimo, espiritual, en esas idas y venidas, en los cantos y en los aleteos, y me preocupaba, como preocupa á la creación, la idea de ese sentimiento infinito que llenando el universo de delicias, mantiene la infinita transformación de los seres: el amor eterno, causa de la vida, la suprema palpación del Creador.

RUBÉN RIVERA.

## LA MUSA COLOMBIANA.

## poema descriptivo.

Original de Antonio Olivo Pino.

Ya miro, ¡oh mar!, en tu cristal ya miro los derroteros múltiples que surca de un continente al otro el nauta osado: ya miro entre tu oleaje turbulento, pero domado siempre. los bajeles, testimonios á un tiempo de la humana grandeza y pequeñez; ya se dirigen á nuestras costas; ¡ay! pero en ninguno el pendón nacional se enseñoa. Tal me parece oír en tus rumores á nuestra orilla que anhelante gimes la ausencia de las naves colombianas. ¡Y cómo no gemir!, cuando aquí mismo, en replegada costa, el Magdalena te rinde de sus aguas el tributo.

## CANTO 1º

Desde el fondo del Cauca, á las llanuras de Magdalena y de Bolívar, viene como vital arteria, difundiendo por donde pasa, en Boyacá, Tolima, Cundinamarca, Santander y Antioquia, de la vida exterior los elementos. No ya tan sólo miserias piraguas, mas elegantes fábricas que impulsa el rugiente vapor, en él navegan. En los penachos de humo que coronan las altas chimeneas, de los silbatos en el clamor vibrante, ¿quién no advierte que ya la industria de esponsales llega á fecundar el germen ardoroso que hierve en las entrañas de la Patria?

Patria!, tu aliento juvenil se aspira en las fragantes auras de tu río. Brisa costera y montañés favonio forman en él una corriente sola, manso viento en la paz, tromba en la guerra.

¡Y cuán gentil Naturaleza asiste á encanto tal con galas exteriores!: ora riberas llanas alfombradas de gramalote y junco, en que las greyes tranquilas pacen, rápidos cantiles, ó pendientes oblicuas do escalonan los pueblos sus graciosos caseríos: ora corriente en los peñascos rota, lozanas islas, plácidos remansos; y más allá la cordillera, donde fulgura la alba frente del Tolima en la región de las eternas nieves.

Quiero llegar allá, quiero mi planta posar en esa altura: no me arredran las sendas escarpadas que perfilan el borde de horrosos precipicios: cuevas abruptas, de roqueñas moles el flanco vertical, nada me importan: esas cavernas cuyos hondos senos pueblan reptiles y nocturnas aves si me inspiran pavor, no me detienen: si el curso fragoroso se interpone de bramador torrente, atravesemos sobre el puente titánico de rocas que Natura tendió de cumbre á cumbre.

Ya en abismico fondo se despeña la catarata; vaporosas nieblas son su corona; pámpanos y musgos, su vestimenta; y retumbantes truenos, voz que su gloria y majestad anuncia. Con ella concertando, de la lira se escuchan los acentos en que ruge esa otra catarata que hervidora bulle en los antros del cerebro humano. Quisiera unir mi voz á ese concierto; pero es tan débil que vibrar no puede al diapason del himno que Isaías oyó en lo alto á los celestes coros.

Sigamos adelante, á aquel rellano á donde sólo los condores llegan. do se descubre el Puracé flameante en la solemne inmensidad del cielo.

Oro, rubíes, esmeraldas, perlas, en pródigo desorden centelleando á los rayos del sol; gasas flotantes;

ambiente perfumado do se escuchan los ecos de una vaga melodía; espléndido horizonte, que dilata el valle ameno, á cuyo fin se yerguen las cumbres de la abrupta cordillera; raudal que baja con buyentes ondas, y luego mansamente se desliza por el frondoso bosque que sombrea en las riberas la pajiza choza del indolente pescador; mil aves en caprichosos giros ostentando la esplendidez de su plumaje vario; en el bosqueje el viento que susurra con el rumor de la potente vida que palpita doquiera, acariciada del sol naciente por el sesgo rayo; golpes de luz arrebolando el cielo; y matizando en tonos decrecientes, del monte al valle el desigual contorno, el tinte rosicler de la mañana: tal panorama ante mi absorta vista con refulgente esplendidez campea.

Alguna vez en sueños he mirado algo como este edén, mas no tan bello.

¡Tierra de promisión!: así cual ella la que miró Moisés desde la cumbre del monte Nebo, al espirar, sería. ¡Qué morbidez, qué fuerza!: las creaciones de la ilusión humana son miseria. ¡Fuera de aquí los pálidos engendros del fatalismo quejumbroso! ¡Gloria en los cielos á Dios; paz á los hombres de buena voluntad aquí en la tierra!

¡Alza tu voz, ¡oh Musa!... Sí, ya escucho el cántico de vida que en los ritmos de tu laúd resuena; la palabra de realidad se nutre, dignifica la victoria del hombre en los combates redentores y eternos del trabajo. Cantares sustanciosos como el jugo del pan de cada día, rozagantes cual naciente pimpollo; afán honrado, salud y goces en sus notas vibra.

En áspero nión ú oscura grieta, cuadrilla de mineros de cetrino semblante, brazo rudo, faz greñuda, rompe en arcilla y roca las paredes de los vasos auríferos que aplacan la sed de la codicia nunca extinta; del aluvión en el raudal extrae de entre la tosca arena el áureo polvo; ó ya con largos surcos atormenta el lecho donde yacen los topacios, zafiros y esmeraldas que recaman la vestimenta espléndida del lujo.

Lentamente a la aguada se encamina el rebaño pacífico mugiendo, ó de la verde yerba con los tallos, disperso por los campos se alimenta; el generoso bruto que al dominio del hombre tiende la cerviz sumisa, con no aprendidos pasos y escarceos, libre retoza en la extensión del hato; y las aves domésticas alegran las vallas del corral, ó con sus crías van picoteando perezosamente en los egidos rústicos del pueblo.

A los golpes del hacha que sacude el brazo del gañán, tiemblan los troncos de los copados árboles, vacilan y se derrumban con fragor á tierra. Después, cuando ya exhaustos de la savia, tostados por el rayo veraniego, hojas y leños desfallecen mustios, vendrán las llamaradas de la quema, ráfaga de exterminio á cuyo paso campa el desierto en medio del oasis.

Llega el invierno; la simiente oculta hinchase, brota; de hojas se ornamenta el vástago nudoso que sostiene el cofre verdegay donde recata, cual rica joya de perlado engaste, sus nacarados granos la mazorca.

Al cangle erguido pudorosas yemas rejuvenecen, y en el fértil suelo abulta la raíz que nos ofrece en blancas tortas alimento sano,

rústico pan que el gusto lisonjea de la sencilla gente labradora. Y no agotada aún, la savia nutre el globo amarillento del camote; la succulenta y harinosa pulpa de vicioso medrar, que hecha pedazos en la marmita hirviente sobrenada; y las pintadas ánforas do encierra en leves copos de carmín y rosa su delicioso néctar la sandía.

En la humedad, al peso de sus granos, dobla el arroz su espiga rubicunda; el frísol medra entre cerúleas celdas, cuai larva acurrucada en su capullo; y en la extensión del platanar sombrío descuella entre el espléndido follaje, verde el racimo, que matiza á trechos la madurez con amarillo tinte.

Acariciado por el sol fermenta en la caña el licor que cristaliza en los brillantes témpanos de azúcar, ó en fluido sutil turba la mente de la embriaguez con el delirio insano.

(Continuará).

## NOTAS.

AÑO NUEVO.—Costa Rica Ilustrada envía á sus lectores y lectoras los votos que hace por su felicidad y su salud en el nuevo año.

Desea que en 1891 se reconcilien los novios que rompieron en 1890; que los que se devolvieron las cartas vuelvan á cambiarlas; que los padres, hermanos y sobre todo la futura suegra vean con buenos ojos al novio; que los que han empezado á mirarse con buenos ojos remachen la cadena y se amarren bonitamente. . . . y por otra parte, que Costa Rica prospere cada vez más, el personalismo muera, las ideas se definan, las agrupaciones políticas entren en la lucha civilizada de los principios y todas tengan en mira la honra y la grandeza de la patria.

Conque, para todos y en todo feliz año nuevo.

Como lo habíamos prometido, hoy obsequiamos á nuestros amables suscritores con la preciosa mazurka "Mis Querellas" del maestro don José Campabadal. Dicha mazurka fué publicada en este periódico, mas se hizo sin la correspondiente ortografía musical, con motivo del certamen que se preparaba en días pasados. Hoy la ofrecemos completa y en edición separada, con su bonita portada.

Esperamos que será bien recibida por el público.

Con el presente número comenzamos la publicación de las correspondencias que nuestro antiguo y estimado colaborador don Manuel Argüello, ha prometido enviarnos periódicamente desde París. No dudamos que el público las acogerá con gusto, dadas las brillantes dotes literarias del autor y la novedad de los asuntos que trata.

También publicamos un juicio crítico sobre la *Lira costarricense*, del conocido escritor español don Acacio Cáceres Prat, á quien damos las más cumplidas gracias. Recíbalas también el señor don Juan Ferraz, por cuyo medio hemos recibido el expresado artículo.

Nuestro ex-compañero de redacción don Joaquín Pablo Vélez nos ha suministrado la hermosa décima que publicamos hoy del malogrado poeta Cartagenero don Jorge Pombo M., amigo suyo inolvidable.